



Resurrección Literaria

UN hombre de grande ingenio, con el humorismo y la imaginación de su raza británica, don Guillermo E. Cox, decía que en Chile los viejos andaban cabibajados y mal humorados porque le tenían miedo al infierno. Pero es que los jóvenes también son graves y con las huelgas y asonadas, los manifestantes y hasta los duques, se están poniendo trágicamente pesados.

Ha habido en Chile pocos humoristas de verdad. Hubo uno que se llamó Vallejos y firmaba Jotabeche. No ha mucho se murió prematuramente el más grande los humoristas chilenos, Joaquín Díaz Garcés. Y ahora podemos decir que otro, que teníamos en formación, Jenaro Prieto, ha llegado a la plena madurez de su ingenio y acaba de publicar un libro delicioso.

Los admiradores antiguos de Prieto desearíamos verlo moverse en el espacio de la fantasía, libre de las limitaciones y amarras del periodismo. "Amarrado al duro banco" de un diario, y de un diario de partido, le era imposible alcanzar la mayor edad literaria.

Si el periodista escribe una burla sobre un corresponsario, le caerán encima por indiscreto y hasta delictual. Un gran escritor de editoriales le dio a Joaquín Díaz, cuando era casi un niño, este consejo maravilloso: "No debemos elogiar jamás a nuestros adversarios". Y le devolvió un artículo en que elogiaba a Víctor Hugo.

Un muerto de mal criterio, el libro que acaba de publicar Jenaro Prieto, está dedicado "Al Sentido Común" como un homenaje del autor que se declara su enemigo franco y decidido. El sentido común es en este caso lo que aplasta la fantasía, el buen humor, cuanto hace la vida agradable.

Es un libro único en la literatura nacional, porque es entretenido, se lee sin esfuerzo, hace reír y pensar. Hallar esto en el país de los flanes y relatos imitados de los rusos, de las descripciones interminables y las amarguras y desolaciones literarias en prosa y verso, debería ser un motivo de orgullo nacional. Yo declararía feriado el aniversario de la aparición del Muerto de mal criterio. Pero es probable que esta idea no tenga sentido común, ni revele buen criterio.

El muerto de Jenaro Prieto es un juez condenado en el otro mundo, a seguir siendo juez de las almas que llegan a recibir premio o castigo. Suple al Rey Salomón, juez propietario. Tiene una filosofía encantadora, discute con un ingenio abogadil y hace transacciones estúpidas con su conciencia. Su secretario, Guezalaga, es un tipo que puede quedar en la literatura como modelo.

Desfilan por ese tribunal un artista melancólico, una dama alegre, un militar, el triángulo clásico del marido, la esposa y el otro, un misionero franciscano y el antropólogo que se lo comió y murió de indigestión.

Flota sobre el libro un amable escepticismo. El fondo de la inspiración, la arquitectura general, la filosofía un poco clínica, pero siempre sana y original, el chiste mismo, están entroncados con la mejor tradición española de la época picaresca. Me atrevería a pronunciar un nombre muy grande: el de Quevedo. Un muerto de mal criterio pudiera ser uno de los sueños del autor de las *Zahurdas de Plutón*. Pero el chileno no tiene los amaramientos y conceptos alambicados del genial español, cuyo estilo estaba ya tocado por las modas decadentes de su tiempo. El nuestro, sin llegar a esas cumbres, es más natural y claro.

Lleva el libro de Jenaro Prieto una portada muy buena del dibujante Coke y unas viñetas y letras iniciales originales y muy bellas de Joaquín Díaz Bessa, hijo del gran humorista.

Valía la pena de que en una edición como ésta hubieran corregido las pruebas. Hay más errores tipográficos de los tolerables. Y en el ejemplar que poseo faltan páginas del final. Ciertamente que otras están repetidas, pero esto no me compensa.

El Mercurio, 30 de Julio de 1926
C. S. V.



RESCATAR del semiolvido al que estaba condenada la excelente novela *Un muerto de mal criterio* (reeditada hoy por Andrés Bello) es un acto de justicia. Hacerlo con un prólogo como el de Hernán Poblete Varas es todo un acierto. Pocos críticos mejor dotados para sintonizar con el humor en sordina del gran escritor y periodista que fue Jenaro Prieto. Pero —siempre hay un pero—, ¿había que reeditar el libro con una portada tan insulta? Quienes conozcan la hermosa cubierta de la edición original, dibujada por Jorge Delano (Coke), echarán de menos al esqueleto que reflexiona sentado sobre una pila de gruesos códigos, ilustración mucho más fiel al sentido de la obra, en cuya atmósfera se respira esa nostalgia medieval tan querida por el autor.

Esta omisión, en todo caso, no quita méritos a *Un muerto de mal criterio* (1926), debut de Jenaro Prieto en la narrativa y primera de sus tres novelas, seguida por *El socio* (1928) y *La casa vieja* (1957, póstuma). La gran repercusión de la segunda opus, lamentablemente, a su obra primigenia. Y es comprensible. *El socio* es una obra magnífica, de plena madurez, sobre la que ya se ha escrito bastante. De *Un muerto de mal criterio*, en cambio, no se ha comprendido suficientemente su valor como fantasía escatológica. Extrañada por lo inusual del tema, la crítica de su tiempo —salvo excepciones— recibió con frialdad sepelina la historia de este juez que, una vez muerto, sigue ejerciendo su profesión en el más allá, donde pondera la conducta de los acusados para resolver, en primera instancia, si merecen la exoneración o el castigo. En un autor siempre fiel a la ortodoxia católica, ya se puede suponer quién es el Juez supremo. Las libertades que se toma para especular sobre un tema tan sensible quedan justificadas por el final de la novela.

El protagonista, hombre reflexivo y algo melancólico, enfrenta serias dilemas morales, asistido por un secretario regordete, partidario del sentido común y los procedimientos, que intenta en vano frenar los arranques compasivos, demasiado humanos, de su jefe. El mundo de ultratumba, en tanto, está simbolizado, góticamente, por un tribunal de salas polvorientas, llenas de ratas, murciélagos, puertas falsas y un patio sombrío en el que, de vez en cuando, pone sus penurias el demonio. Prieto hace gala de su ironía característica, afilada en el ejercicio diario del periodismo, para fastigar los vicios de todo sistema judicial. Pero bajo el sarcasmo hay además una notable indagación sobre la culpa, en la mejor escuela de novelistas cristianos como Chesterton y Evelyn Waugh, aunque también, ya es hora de decirlo, de un autor como Franz Kafka en *El proceso*. Tal vez Jenaro Prieto no alcance la genialidad de este último, pero su reflexión sobre la Ley, en un sentido amplio, no deja de ser igualmente perturbadora. Un dato curioso: ambos fueron abogados.

PEDRO PABLO GUERRERO

El muerto, supl. 6-V-2000 P.P. Rev. de Poblete

Resurrección literaria [artículo] Pedro Pablo Guerrero

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Resurrección literaria [artículo] Pedro Pablo Guerrero. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile